

BORONAS DE IDENTIDAD NACIONAL¹

Steven Palmer
Iván Molina²

La identidad costarricense es hoy, como lo ha sido desde hace más de un siglo, fuerte y confiada, al tiempo que está en crisis y es asediada por peligrosas fuerzas contaminantes, que provienen del exterior. Esto es lo que podríamos llamar la “contradicción original” de dicha identidad, su genético “ying- yang”. La historia y condición actual de tal identidad es de alguna importancia porque ha sido la base de un exitoso proyecto nacional, sin paralelo en la mayor parte de América Latina, y aún más, del mundo. En efecto, la exitosa articulación de la identidad nacional costarricense por las élites intelectuales y su aceptación y transformación por el resto de la sociedad, ha sido el fundamento de una política hegemónica, capaz de institucionalizar la democracia electoral, extender un mínimo de servicios sociales a la población como un todo y facilitar algún grado de movilidad social. La solidez de la obra es extraordinaria e incuestionable: con dos breves pero notables interrupciones, la dictadura de los Tinoco (1917-1919) y la guerra civil de 1948, el estado-nación democrático de los costarricenses, que empezó a configurarse en el último tercio del siglo XIX, duró a lo largo del siglo XX.

A pesar de tener el horóscopo en contra, esta política hegemónica sobrevivió a la crisis de 1930, a la polarización política de la guerra fría, al radicalismo político posterior a la revolución cubana y el subsiguiente colapso de las libertades democráticas, a la era de las revoluciones centroamericanas que también generaron una extraña obsesión entre los consejeros vietnamitizados de Ronald Reagan por militarizar a Costa Rica (el único país latinoamericano desmilitarizado), a la crisis económica y de la deuda externa de inicios de la década de 1980 que paralizó la economía en un contexto de extrema agitación política regional, y al pleno impacto frontal de la globalización neoliberal de comienzos del decenio de 1990, en cuyo curso las bases históricas de la economía del país fueron completamente reestructuradas en el espacio de una década.

Pensemos un poco en esto. En cada una de estas coyunturas, numerosas democracias latinoamericanas fueron –y están siendo consumidas. Costa Rica, en cambio, es el único país latinoamericano que ha sobrevivido con su expediente intacto. El pegamento que ha mantenido juntas las sociedades civil y política, de cara a tales crisis, es una identidad nacional ampliamente compartida. A medida que las élites y los sectores populares abrazan con entusiasmo la globalización (aunque unas y otros, en sus propios términos), y Costa Rica experimenta una transformación que ha roto todos, excepto los más abstractos vínculos, con la sociedad que generó los elementos formativos de la identidad nacional, vale la pena preguntarse sobre si esa identidad podría aún ser operativa durante las crisis que ya se atisban en el horizonte. ¿Cuáles son los ejes de la identidad nacional que sostiene esta “demoperfectocracia”? Por la época en que Yolanda Oreamuno acuñó este sarcástico término, en 1938, la identidad nacional estaba esencialmente formada, habiéndose configurado a lo largo de los últimos sesenta años, y no cambiaría, en lo esencial, en las seis décadas siguientes. Todos los elementos de la identidad nacional costarricense se derivan de la creación de una cultura cívica moderna,

¹ *Tópicos del humanismo* (Heredia: Universidad Nacional) n. 113 (diciembre 2004).

² Steven Palmer es profesor de Universidad de Windsor, Canadá, e Iván Molina es catedrático de la Universidad de Costa Rica. Son autores de *Historia de Costa Rica. Breve, actualizada y con ilustraciones* (San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997-2002); su próximo libro se titula: *The Costa Rica Reader: History, Culture, Politics* (Durham, Duke University Press, en prensa).

secular y republicana entre 1880 y 1940. En la fase uno de este proceso, la cual se concentró durante la década reformista liberal de 1880, la inteligencia del país encontró la fórmula simbólica para elaborar un discurso nacionalista con resonancia popular. En el contexto de una amarga lucha con la Iglesia católica sobre la supremacía en los dominios de la ideología, la participación política y las instituciones cívicas, el Estado secular recuperó la Campaña Nacional contra William Walker como una guerra de independencia suplente, y rescató para uso nacional, de una tradición oral local alajuelense, la figura de un humilde trabajador, Juan Santamaría, como el prototipo del comportamiento patriótico costarricense: alguien que murió en suelo extranjero para proteger el orden establecido en Costa Rica. Este período también fue escenario de la proyección formal en los primeros libros de historia del país de la idea de los costarricenses como una raza homogénea, casi blanca, descendiente de manera más o menos directa de los españoles. Esto estaba fundamentalmente unido a una dimensión adicional de la identidad nacional, que los costarricenses no tenían parentesco con las otras poblaciones centroamericanas: así la diferenciación racial reforzaba la distancia política con el resto del istmo, y viceversa.

Durante la segunda fase de la formación de la identidad nacional, que se extiende entre inicios de la década de 1900 y mediados del decenio de 1920, este nacionalismo ganó profundidad social y sus acordes marciales fueron enmudecidos para enfatizar nociones de ciudadanía basadas en la participación electoral pacífica. Una nueva generación de intelectuales, que inicialmente abrazaron idearios anarquistas y socialistas, anunciaron una crisis inminente entre los pobres urbanos, adoptaron el discurso sobre la “cuestión social” entonces de moda entre los intelectuales reformistas en Occidente, y fomentaron vínculos con las organizaciones de los trabajadores. Aunque este radicalismo era amenazador en esa época, tenía dos características que finalmente lo hicieron compatible con los sectores reformistas de afiliación liberal. Primero, comportaba un puritanismo moral que se adaptaba bien con el esfuerzo liberal por civilizar a las atrasadas y disolutas culturas de las clases populares, en términos de higiene personal y sexual, disciplina laboral, cultura secular, y otros aspectos por el estilo. Y en segundo lugar, el énfasis en la cuestión social se hacía eco de y reforzaba la visión de liberales como Cleto González Víquez, para quienes el Estado necesitaba abandonar el “laissez-faire” a fin de promover la salubridad pública y transformar la beneficencia en un aparato de seguridad social sistemáticamente administrado que pudiera regular la vida de los pobres. Esta tendencia fue consolidada durante la presidencia reformista de Alfredo González Flores (1914-1917) y durante el gobierno postinoquista de Julio Acosta (1920-1924), cuando algunos de los radicales de 1900 ocuparon puestos clave en el aparato estatal en expansión.

En este proceso, la identidad nacional costarricense incorporó una preocupación por el bienestar social de los de abajo. Entretanto, la derrota del régimen de los Tinoco por una coalición popular conducida por maestras y profesoras supuso una pérdida de prestigio para los militares, una tendencia ya visible en la composición de los presupuestos nacionales desde comienzos de 1900, ahora consolidada durante el decenio de 1920 y acentuada por el pobre desempeño del ejército costarricense durante la guerra con Panamá en 1921. Esto también reforzó las dimensiones civilista y electoral del discurso nacionalista oficial.

La tercera fase de la formación de la identidad nacional se verificó en la década de 1930, y trajo al frente del escenario una tendencia nostálgica, presente en las dos fases anteriores, pero nunca plenamente resuelta. Se expresó en un fuerte deseo por el retorno a una edad de oro perdida, a saber, a una Costa Rica rural e igualitaria, sin tensión social. Es interesante destacar que esta vuelta atrás fue fomentada por la pintura costa-

rricense que se configuró en las décadas de 1920 y 1930 y tuvo como uno de sus ejes la casa de adobe. El tono nacionalista de esta obsesión se reflejó en el énfasis que se le dio a la composición del cuadro para resaltar el rojo del techo, el blanco de las paredes y el azul del zócalo, los colores de la bandera nacional, a pesar del hecho de que pocas casas estaban pintadas, y de que, las que lo estaban, lucían colores como el verde o el rosa. Las obras de algunos de los exponentes principales de esta escuela, como Teodorico Quirós y Fausto Pacheco, no retratan de manera realista la vivienda rural de la época, sino que ofrecen una visión idílica de casas rurales perteneciente a un período colonial idealizado. El retiro de los pintores de los espacios urbanos durante la década de 1930, con su drástica pobreza y sus crecientes conflictos sociales, fue probablemente alimentado por el ascenso de una poderosa ideología antioligárquica y cooperativista entre los pequeños y medianos productores de café, quienes igualmente proponían la recuperación de una Costa Rica rural sin conflicto de clase.

Esta idílica representación puede también haber capturado la imaginación de Carlos Monge y Rodrigo Facio, artífices de la noción de una “democracia rural” originaria. Tal concepto sería aplicable a la Costa Rica del siglo XVIII, previo a la expansión de la economía cafetalera, cuando una sociedad igualitaria de pequeños agricultores habría formado un denso tejido familiar en la aislada arcadia del Valle Central.

Si hay una frase que captura la esencia de este discurso nacionalista es la de “conservadurismo popular”. Cada imagen central en el discurso nacionalista elaborado durante los sesenta años posteriores a 1880 es profundamente conservadora en su búsqueda por el orden, el control y la paz social, y en su deseo por recuperar un pasado perdido más que por conquistar un futuro utópico. A la vez, sin embargo, la naturaleza social de cada imagen es fundamentalmente popular, ya que incluye, más que excluye, a los sectores populares, aunque solo sea una versión idealizada de ellos.

Desde el papel protagónico reconocido a Juan Santamaría, al énfasis puesto en civilizar y redimir a los de abajo implícito en la versión liberal de la cuestión social, y a las dimensiones igualitarias y antioligárquicas de la “democracia rural”, el sujeto de la nación costarricense son los costarricenses comunes. Esto también comprende a los aspectos más conservadores de la identidad nacional, es decir, la insistencia en la “blanquitud” homogénea de la raza costarricense, que fue ampliada para incluir a toda la sociedad. Esta noción de la naturaleza esencialmente saludable de la raza costarricense fue la base de una ideología racista –la autoinmigración– que impulsó una de las políticas sociales más progresivas del Estado en la época anterior al Seguro Social, la cual abarcó la expansión de proyectos de salud pública y el compromiso público para suministrar agua potable a todas las comunidades. La fuerza impulsora de tal política era eugenésica: el temor de que las elevadas tasas de mortalidad infantil que asediaban a la “raza” costarricense significaran que hubiera una falta de mano de obra para el progreso agrícola, por lo que el Estado se vería obligado a importar elementos racialmente indeseables, como negros, chinos y nicaragüenses, quienes inevitablemente fomentarían la degeneración racial mediante el mestizaje. La salubridad pública podía ser definida como “automigración” ya que permitiría asegurar un suministro de trabajadores hipersaludables de los úteros de mujeres costarricenses étnicamente puras.

La otra característica esencial del nacionalismo costarricense es su persistente obsesión para ciegamente ignorar la realidad o, en otras palabras, para aceptar apasionadamente una serie de ficciones operativas. Los guanacastecos eran mestizos y mulatos y distintos culturalmente de los costarricenses del Valle Central, pero este detalle no impidió que Francisco Montero Barrantes categóricamente los incluyera en la raza “homogénea” de ticos casi blancos en sus *Elementos de geografía de Costa Rica*.

Costa Rica, además, fue la original república bananera, el mismísimo lugar de nacimiento de la United Fruit Company, pero esto no impidió que los políticos e intelectuales costarricenses insistieran, una y otra vez, en que Costa Rica no era una república bananera. Por si fuera poco, Costa Rica importó de Europa sus monumentos nacionales más importantes, no tenía una cultura artística, y su tradición en el campo de las bellas letras se extendía hacia atrás apenas unos pocos años; pero esto no fue óbice para que *La prensa libre*, en 1914 anunciara que ya existía una plenamente formada “civilización costarricense”.

En el mundo rural, pocas casas se adaptaban al modelo ofrecido por los pintores en sus lienzos, pero ello no evitó que la casa de adobes –tan tricolor como el uniforme de la selección nacional– se convirtiera en la expresión clásica de la vivienda rural. Fue esta apasionada negación de la realidad, y la apropiación de ficciones operativas como las anteriores, lo que sostuvo la reforma social del calderonismo y el sueño socialdemócrata del liberacionismo: los costarricenses constituyen una sociedad secular, moderna, democrática e igualitaria, en búsqueda de la justicia social y el desarrollo industrial mediante su adhesión a los valores conservadores de una edad de oro rural localizada en el período colonial.

Poco cambió en el discurso nacionalista en los sesenta años que siguieron a la formulación de la fábula democrático-rural de Carlos Monge, aunque mucho ha cambiado en términos de las estructuras y procesos que generaron la identidad nacional original. Escazú, que en la década de 1930 aún podía mostrar bastantes viviendas de agricultores prósperos que servían de punto de referencia para los pintores de casas de adobe, es hoy un suburbio comercial altamente urbanizado de San José, punto focal de una nueva cultura consumista transnacionalizada, dominada por el neón y la tarjeta de crédito, que caracteriza la urbanizada y mall-céntrica economía costarricense de inicios del nuevo milenio.

Y la pregunta que deberíamos hacernos ahora es si la identidad nacional costarricense puede aún servir como el pegamento social para esta nueva sociedad que es fundamentalmente urbana y transnacional en sus gustos y medios. Hoy, casi cada casa costarricense, que no es de adobe ni tricolor, tiene un televisor a color, con acceso directo a un mundo de consumos y productos culturales generado principalmente en Estados Unidos. El mundo de la pulpería, del consumo de bienes artesanales o víveres producidos localmente, de la comunidad donde cada uno conoce al otro, pertenece cada vez más al pasado.

El hiperindividualismo, tan querido para los ideólogos neoliberales de la globalización, se ha desarrollado muy rápidamente en Costa Rica, promovido por los aspectos despersonalizados de los estilos de vida urbanos, la rápida expansión de una cultura basada en el automóvil, el creciente encarcelamiento de los costarricenses en casas-jaula que contienen familias altamente nucleares, y el retiro de las clases medias y acaudaladas a residenciales privados altamente vigilados. Las brechas de clase son aún más evidentes, especialmente en el drástico ascenso de las escuelas y colegios privados.

Aunque, como Benedict Anderson observó, la nación es esencialmente una comunidad política imaginada donde la comunidad en anonimato es posible por primera vez, las naciones no pueden existir en forma significativa a menos que exista un discurso nacionalista que circule entre sus miembros. Con porcentajes cada vez mayores de costarricenses que ven televisión importada de Estados Unidos dentro del aislamiento de sus casas, que atraviesan el espacio público principalmente para comprar productos transnacionales en los “malls”, y que se educan en escuelas y colegios privados con poco o nulo contacto con otros sectores sociales, ¿será aún absorbida la identidad nacional,

en los próximos veinte años o cuarenta años, por los ticos de clase media quienes constituyen el fundamento político de la demoperfectocracia?

Mientras tanto, la emergencia de nuevas fuerzas ha hecho claro que el viejo modelo de identidad nacional requiere una reestructuración completa. Por un lado, está la creciente insistencia sobre una Costa Rica pluriétnica, promovida por intelectuales y artistas de la comunidad afrocaribeña, de las comunidades indígenas y de Guanacaste; en el primero y en el último casos, poblaciones que crecientemente están trasladándose al Valle Central debido al estancamiento de la Costa Rica rural. Estas poblaciones ya no son geográficamente marginales al Valle Central, una coincidencia que en el pasado hizo más fácil suavizar las contradicciones que comportaba la vieja ficción de la raza homogénea. Por otro lado, el influjo masivo de nicaragüenses desde la crisis centroamericana de la década de 1980 está también contribuyendo a esta tendencia, aun cuando ha reactivado el viejo discurso eugenésico acerca de la degeneración racial. Alrededor de un 40 por ciento de los 400.000 nicaragüenses que se calcula habitan en Costa Rica, viven en el Área Metropolitana.

Como veíamos antes, una de las marcas distintivas del nacionalismo costarricense ha sido su habilidad para negar la diferencia, especialmente la de los sectores populares, en un proceso que comporta la marginalización de los étnicamente diferentes, al tiempo que los incorpora y asimila en el resultado final. Los próximos años probarán los límites de tal proceso, a medida que la nación costarricense enfrente el desafío de “costarriqueñizar” a los siempre sospechosos centroamericanos, que han constituido, históricamente, su antítesis.

El ascenso del feminismo, desde la década de 1980, también ha desafiado las características fundamentalmente patriarcales de la identidad nacional. El reto en este campo, sin embargo, ha sido limitado por el desinterés de los movimientos femeninos, compuestos esencialmente por personas de clase media, para hacer contactos significativos con el creciente porcentaje de mujeres trabajadoras, en especial con aquellos sectores de las asalariadas, urbanas y rurales, cuyos derechos laborales y humanos son sistemáticamente violados.

La amenaza final a la identidad nacional es la planteada por el creciente descontento electoral. Las tasas de abstencionismo ascendieron dramáticamente en los comicios presidenciales de 1998 y el 2002, y los costarricenses perdieron fe en sus partidos y en sus políticos a medida que el ajuste estructural fue acompañado por una corrupción masiva entre los miembros de las elites, quienes parecían gozar de impunidad. Esto ha supuesto un desgaste, hasta ahora imparable, para las dimensiones cívica, electoral y democrática de la identidad nacional.

Si la historia es una guía —y a veces lo es—, la identidad nacional costarricense, entonces, sobrevivirá a los vientos de la globalización, se probará a sí misma capaz de una absorción práctica, en última instancia, de los étnicamente diferentes sobre la base de una ficción de que la raza permanece esencialmente homogénea y sana, y se reformará a sí misma para suavizar las contradicciones del patriarcalismo y de la brecha de clases. Y lo hará así al recurrir a su naturaleza esencialmente popular conservadora. Las recientes manifestaciones contra el combo del ICE son un ejemplo clásico de esto: radicales en su populismo no manipulado, pero fundamentalmente conservadoras en sus objetivos. El proceso resultante se caracterizará por una cruda hipocresía, por una demente (para los científicos sociales) propensión a negar o a ignorar las realidades objetivas a favor de una creencia, en última instancia muy práctica, en ficciones operativas, y por una invocación racista de otras amenazas para la salud de la raza costarricense que proceden del exterior. En cuanto a la globalización, entre más abstracta y desarraigada sea la cultura consumista que llene sus insaciables deseos cotidianos por algo más, más ávi-

damente los ticos se comerán las diminutas boronas de identidad nacional que encuentren perdidas en las pantallas de sus televisores, computadoras y celulares.

Y terminamos, por supuesto, como debe ser: a unos veinte años en el futuro, digamos en el 2025. Henos aquí, con un poco más de canas y –esperamos, que también– de ganas, consultando nuestro correo electrónico, mientras hacemos fila en el autoservicio de Mac Donalds. Acabamos de recibir un mensaje de José Blas, un viejo compañero de clases en alguno de los más caros y prestigios colegios privados de Moravia, quien es ahora un exitoso ejecutivo en Silicon Valley. El mensaje fluye a través de la pantalla del celular:

acabo de ver una copia del *Álbum de Figueroa* en la “web” y me di cuenta de que el roquillo en el cuadro de los políticos liberales era el bisabuelo de mi tata. Si van a Guanacaste en enero, podríamos jugar golf, buscarnos unas nenas y hablar acerca de esa idea loca de fundar un nuevo partido. Lástima que la palmará Franklin Chang, pero que tuanis que lo enterraron con la camiseta de la Sele. Pure Life. *El Moto*.